

XXVII Feria del Libro Antiguo y de Ocasión de Sevilla

Pregón leído el 18 de noviembre
en la Casa de la Provincia por el poeta

Fernando Ortiz

SEVILLA

2004

COMO EN CASA, EN NINGÚN SITIO

Pregón de la Feria del libro antiguo y de ocasión,

18 de noviembre de 2004

Es esta la segunda vez que el gremio de libreros de viejo me encarga la honrosa tarea de ser pregonero de su feria. La primera vez fue en 1995 y la segunda ahora mismo. Agradezco muy sinceramente que se me confiara por dos veces, si no la llave del arca del tesoro, al menos su pregón, pues el arca de los libros viejos contiene sin duda uno de los mayores y más anhelados tesoros de este mundo: el de la felicidad. Sí, he dicho felicidad, esa palabra que, según nuestro diccionario, puede tener dos acepciones. La primera, “estado de ánimo que se complace en la posesión de un bien” y, la segunda, “satisfacción, gusto, contento”. Y a las dos conviene el disfrute de los viejos libros, como saben todos los aficionados a la lectura e ignoran los iletrados. Los iletrados creen que detrás de esa palabra, felicidad, ha de esconderse al menos el parto de los montes, las huríes del profeta y el cuponazo. Y al fin resulta que, como todo lo humano, la felicidad es algo más modesto y más hecho a la medida de nosotros mismos. Aquí vendría bien una cita de Montaigne. La felicidad puede representarse, por ejemplo, en la luz de la mesilla de noche encendida y, sobre ésta, el libro que estamos leyendo y que, casi desde el principio, nos depara tanto placer que ya andamos temiendo su pronto final. Porque siempre es poco y no mensurable con el reloj el tiempo que se dedica a algo que nos produce gozo. Y cuando uno está leyendo las páginas del séptimo y último volumen de A la búsqueda del tiempo perdido, después de haber atravesado unas miles de páginas, uno no se consuela ante el fin, y ya está buscando en el ordenador, en iberlibro.com, otros libros de don Marcelo Proust que quizás puedan prolongar el gustazo.

Dice Valéry Larbaud en su ensayo *Ese vicio impune, la lectura*: “La lectura es una especie de vicio, semejante a los hábitos a los que volvemos con un sentimiento vivo de placer, en los que nos refugiamos y aislamos y que nos consuelan y guardan una oportunidad de revancha de nuestros pequeños sinsabores”. Y añado yo que este hábito resulta aún más gustoso si lo formamos en la niñez, época en la que el lector es más activo ante el libro. Así, el niño que lee *La isla del tesoro* lee también su propia obra en colaboración con Stevenson, pues la ha enriquecido con sus experiencias, sentimientos y ensueños, añadiéndole aventuras, episodios y personajes de su propia invención. Y ese mismo lector, cuando abandone la niñez y abra otra vez las viejas páginas de *La isla del tesoro*, volverá a percibir junto al inagotable tesoro del mundo maravilloso que allí se encierra, el violento perfume de la infancia abolida y ahora recuperada como por arte de encantamiento.

Continúa Larbaud describiendo las sucesivas fases de la conformación del lector. Primero, en la infancia y adolescencia, lecturas desordenadas. Al fin llegar un momento en el que, al oír “¡Qué hermoso es esto, se diría que es moderno!”, se sonreirá discretamente, pues la palabra “moderno” ha perdido para él su prestigio y ha dejado de ser una recomendación. Ya no estima las cosas por su novedad, sino según su verdad natural y esencial valor. Valor que es con frecuencia interno y secreto, lejos de la exhibición, el anuncio y el ruido común. Nuestro lector sabe entonces –sigue Larbaud– que un poeta como Calímaco, con seiscientos lectores en toda Europa, es más célebre y perdurable que tal contemporáneo cuyos libros se editan por miles de ejemplares. Cuando ha llegado a este punto, el lector necesita ya del concurso de su consejero el librero de antiguo y suele frecuentar las librerías de viejo. Es una fase natural de la evolución en la calidad del lector. Ya aprendió a discernir los buenos libros por encima del tiempo y de los reclamos publicitarios. Los libros que él desea leer con frecuencia ni siquiera se encuentran en el mercado del libro nuevo. Y permítanme citarles ahora a un gran crítico inglés del siglo XIX, William Hazlitt, quien, en un ensayo titulado *Sobre la lectura de libros viejos*, publicado en el *London Magazine*, febrero de 1821, decía: “Odio leer libros nuevos. Hay veinte o treinta volúmenes que he leído una y otra vez, y éstos son los únicos que siempre he deseado leer en absoluto”. Y recalca después: “No varía del todo mi opinión de un libro por haber sobrevivido al autor una o dos generaciones. Tengo más confianza en los muertos que en los vivos. Por lo general, los escritores contemporáneos pueden dividirse en dos clases: amigos o enemigos nuestros. Sobre los primeros nos sentimos empujados a pensar demasiado bien, y sobre los últimos estamos dispuestos a pensar demasiado mal. Si quieres saber que fue de los autores que vivieron antes de nuestra época, y que aún son objeto de ansiosa investigación, sólo has de asomarte a sus obras. Mas el polvo, el humo y el ruido de la literatura moderna nada tiene en común con el aire puro y silencioso de la inmortalidad”. Si estas palabras las escribió Hazlitt un siglo antes de la rebelión de las masas que profetizara Ortega y el despotismo de los llamados por Julián Marías “medios de confusión de masas”,

imagínense lo que hubiera dicho hoy ante el libro de nuevo y su actual mercadotecnia. No hay que ser un lince para imaginárselo.

Un peligro acecha sin embargo al curioso lector que hasta aquí ha llegado, y este peligro es el de la bibliofilia. Al amar los libros por su forma, su peso, papel, encuadernación..., puede convertirse en un lector exclusivamente bibliófilo, resignado y satisfecho con ese destino y olvidado de la función espiritual del libro. El instrumento se convierte en fin. La bibliofilia exclusiva es una perversión como otra cualquiera. Pero, ¿existe forma amorosa tras la que no acechen las perversiones? De cualquier forma, el cuidado y conservación de los libros antiguos, fomentado por la bibliofilia, es una noble y necesaria tarea para las Letras. En esto, como en todo, se trata de una cuestión de grados. Confieso que me agrada que se encuentren entre los estantes de mi biblioteca algunas primeras ediciones de la media docena de poetas clásicos y contemporáneos por mí más queridos. Y créanme si les digo que no tengo un ápice de mala conciencia por ello. Cómo voy a permitir, por ejemplo, que se deteriore mi ejemplar de las *Obras de Garci Lasso de la Vega con Anotaciones de Fernando de Herrera*, en edición princeps de Alonso de la Barrera, en Sevilla, año de 1580. Cómo voy a permitir que se deteriore si, entre otras cosas, sé que las erratas que tiene mi edición están corregidas a mano por el propio Fernando de Herrera, quien como posteriormente le ocurriría a Juan Ramón, en su anhelo de perfección de la propia obra no permitía que se le escapara un gazapo y, así, corrigió ejemplar por ejemplar las erratas que los duendes de la imprenta vertían en su obra. Mucho más que la bibliofilia, atenta contra el placer de la lectura la erudición en todas sus formas. Sea la Filología, la búsqueda de fuentes y génesis de las obras, estudios de la gramática del autor y aún otras formas más obtusas de aproximarse al texto, en general fomentadas por esas instituciones estúpidas y benéficas llamadas Universidades. Y las adjetivo de benéficas porque sustentan a muchas familias, bien que traicionando el primer principio de la literatura. Ese único principio que hace lectores fieles de por vida y que ya recalamos al principio que no es otro sino la felicidad.

Al fin, gracias a los libros y a su trato demostrado durante años, nos hemos convertido en letrados. Imprescindibles nos han sido en esta tarea, como hemos visto, las librerías anticuarias y nuestros consejeros los libreros de viejo. ¿Somos ahora especialistas en algo? ¿Tenemos una profesión? “No – dice Larbaud –; no es una especialidad ni una profesión; es una cualidad, algo que toca al hombre mismo, que es parte de su dicha, y que puede serle indirectamente muy útil pero que, al igual que su cortesía, su valor o su bondad, no le proporcionará jamás un céntimo”. Y el más grande de los placeres de los que va a disfrutar en vida es ver claramente y casi a primera vista lo que vale un libro. Placer de experto. A menudo, dos o tres páginas le serán suficientes. Y, si el juicio es adverso, lo rechazará sin vacilación. Y

aunque ese libro se venda por millares de ejemplares y dé a su autor todas las ventajas que produce la celebridad, diez o veinte años más tarde, aquel juicio suyo se confirmará por la terrible sentencia del olvido a perpetuidad. Y nuestro lector experimentará el placer de no haber sido engañado y, como hombre honrado, de haber frustrado las maniobras de los tramposos. Percibe las desfiguraciones, las vulgarizaciones de las grandes obras de difícil acceso, las falsificaciones. No se deja engañar ni intimidar por las opiniones de los críticos, a quienes clasifica descubriendo a más de uno. Sabe leer entre líneas, y fácilmente sorprende una cultura insuficiente, falta de gusto, mala fe, simple camaradería, envidia e intriga,

Hasta aquí mi alegado en reconocimiento de la felicidad que la lectura depara. Y, aunque me he recreado proclamando las excelencias del libro antiguo, aún más voy a hacerlo en estas palabras finales. Sobre el libro viejo y su diferencias con el de nuevo, dije ya en mi pregón de 1995: “Las ideas platónicas de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza, para pasar aristotélicamente de la potencia al acto, han de concretarse en un bello cuerpo, en un mohín gracioso, en un noble gesto, en unas líneas memorables. En este sentido, el libro antiguo es cifra y clave de lo más alto de cualquier realización humana. En él, como en el rostro de quienes queremos, se encuentra la marca y la pátina del tiempo que hace aún más intenso, humano e irremediable su atractivo, a la vez que conserva incólume su verdad”. Así, en mi ejemplar, estupendamente conservado gracias a su buena encuadernación, del Baudelaire de Ruano, no sólo puedo leer este magnífico libro –posiblemente el mejor en nuestro idioma que se ha escrito sobre el poeta francés-, sino también disfrutar de uno de los XXV ejemplares de papel de hilo numerados y firmados por el autor. Hablo, claro es, de la primera edición, publicada por la Casa Editorial Hernando en 1931. Para mí no deja de ser enternecedor que mi ejemplar, a más de llevar un ex libris de una personalidad de la época, tenga manuscrita en una letra muy clara y aplicada, que seguro que le costó su esfuerzo hacerla, la firma del gran escritor y grafómano que ha sido quizás el número uno en ese género literario que es la crónica periodística: César González-Ruano y Garrastazu de la Sota. O también me conmueve ver el retrato de Garcilaso en grabado que tiene mi edición neoclásica de sus poesías, en la imprenta de Sancha y con notas de Azara. O comprobar que mi edición valenciana, también neoclásica, de las poesías de Fray Luis, lleva notas del gran erudito Mayans, y que en esas notas, por cierto, se dejan ya claras casi todas las fuentes de letras Tapti sacras como profanas de las que bebe el poeta agustino. Y es evidente para quien quiera verlo que las ediciones posteriores, hasta las más actuales y filológicamente celebradas, no han hecho otra cosa, en la mayoría de los casos, que copiar a Mayans sin citar procedencia. Ven ustedes. Este disgusto me lo llevé yo por meterme en filologías donde nadie me había llamado en lugar de leer plácidamente al excelso Fray Luis, que es uno de mis poetas de cabecera. Ahora sí estoy ya de verdad terminando este pregón.

Y puede que algunos de los presentes se pregunte. ¿Y porqué no ha hablado el pregonero del papel difusor de las bibliotecas públicas en la lectura? Y el pregonero les contestará para terminar su pregón con una cita de *Mira por dónde*, autobiografía de Fernando Savater: “Nunca he logrado sentirme a gusto en una biblioteca pública porque siento que leer, leer de verdad, es algo que no puedo hacer con provecho fuera de mi cuarto. ¡Cuánto comprendo a la anciana beata agonizante que, cuando el cura trataba de aligerar su tránsito encomiándole los gozos celestiales que pronto iba a difundir, respondió: “Sí, muy bien, pero desengáñese, padre... ¡como en casa, en ningún sitio!”

Fernando Ortiz